



Mensajeros



COLECCIÓN PLANETA ROJO

© del texto, Francisca Solar, 2017

© de las ilustraciones, Karina Letelier, 2017

© Editorial Planeta Chilena S.A., 2017
Av. Andrés Bello 2115, piso 8,
Providencia, Santiago de Chile.
www.planetalector.cl
www.planetadelibros.cl

Primera edición | julio 2017
ISBN | 978-956-360-275-3
Número de inscripción | 279100

Impreso en Chile / Printed in Chile

Diseño de colección:
María de los Ángeles Vargas T.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, sin permiso previo por escrito del editor.

El libro original protege el trabajo del autor, diseñador y del equipo editorial. Comprar el original es respetar ese trabajo. No fomentes el delito de la piratería.

Mensajeros

FRANCISCA SOLAR

Ilustraciones de **Karina Letelier**

 **Planetalector**
Literatura Infantil y Juvenil

I Algo raro iba a pasar

...porque cuando él llegó no había nada, ni una sola nube en el cielo azul. Pero no me malinterpreten, ¿a quién no le gusta un buen día soleado? El problema era el calor, ese que te hace sudar como loco, pensar cosas raras y ver objetos que no están, como esas ondas ilusorias en la vereda de cemento.

Todos aman el verano, pero hay días insoportables. Días como este.

Así llegó él, bajo ese cielo y ese sol, envuelto en una sudada manta tejida, depositado —más bien incrustado— en una pequeña y desvencijada cesta de mimbre, hecha para acarrear fruta o huevos. Estaba en el tercer escalón de piedra, justo en la entrada del edificio, al borde de la calle. Era torpemente esquivado por los transeúntes, apurados por llegar a sus trabajos o a la siguiente tienda con ofertas. Todos parecían tener algo mejor que hacer que fijarse en ese bulto.

Ah, ¿no les dije? Sí, eso. Era un bebé. Un niño de pocos meses, con ojos grandes y brillantes, pero indiferente ante el mundo. Ni sonriente ni lloroso, solo... serio. Expectante.

Oleandro Jofré llevaba casi un año como conserje cuando el bebé apareció. Había conseguido el puesto cuando el encargado anterior, un viejo amigo de su padre, tomó la decisión de jubilar y pasar sus últimos días en un asilo de ancianos del municipio. Oleandro no tenía su experiencia, pero sí la juventud y las ganas. Eso bastaba para una conserjería, pensaba él, alto y largo como un fideo, mas sin la torpeza de los que sobrepasan el promedio de estatura.

No era el trabajo de sus sueños, pero al menos le permitía, aunque no en las mejores condiciones, lograr la ansiada independencia. La labor no era remunerada en dinero, sino en vivienda: quien asumiera el cargo de conserje tenía el derecho a vivir en el departamento n° 1. Al principio no le gustó mucho la idea, pero hace tiempo que Oleandro quería abandonar la casa paterna y comenzar un camino propio. Además, el dinero para subsistir lo conseguía fácilmente con labores extra para la comunidad, como lustrar zapatos, acarrear pedidos de lavandería, destapar cañerías y cosas por el estilo. Sus necesidades eran pocas, y su vida, muy simple. ¿Qué más podía pedir?

Comenzaba su turno a las 5:30 de la madrugada, de lunes a sábado. Sus domingos eran libres, pero como no salía casi nunca —prefería quedarse en su habitación junto a su televisor en blanco y negro, viendo algún partido de fútbol—, terminaba abriendo y cerrando la puer-

ta principal tanto como cualquier día de semana... o tan poco como todos los días, en realidad. El movimiento en el edificio era comparable a un baile de tortugas. Todos sus residentes, viejos y no tan viejos, pero claramente ermitaños, apenas se relacionaban entre sí. Quienes todavía trabajaban salían a horas distintas, cruzándose apenas en la recepción, y los ya jubilados tampoco se topaban en sus aburridos hábitos. Si no fuera porque asomaban sus narices de vez en cuando detrás de sus puertas, cualquiera juraría que ese bloque de seis departamentos no era más que otro montón de ladrillos abandonado en el centro de la ciudad.

En esa tranquilidad, Oleandro barría la recepción, regaba los helechos del jardín interior, organizaba la correspondencia por orden alfabético (de puro aburrimiento, ya que no recibían muchas cartas que digamos), se encargaba de los mandados que algún propietario le hiciera, pulía las manillas de bronce de la puerta principal, y barría, otra vez, la recepción y los escalones de la entrada hasta que daban las 6:30 de la tarde, su hora de salida. Jamás cambiaba su rutina, y si lo hacía, no era más que por un par de minutos perdidos correteando al gato obeso de doña Jurta o dando la dirección correcta a algún distraído que entraba al edificio a pedir ayuda (el centro de la ciudad podía ser una verdadera enredadera de callejones).

Jamás alteraba su rutina... hasta ese día, caluroso como pocos.

Oleandro no sabía qué lo tenía tan inquieto. El pequeño ventilador sobre la mesa no estaba siendo tan reconfortante como siempre, pero no era culpa de la máquina sino del calentamiento global, o al menos eso decían los noticiarios. Aunque no, no era solo el calor. Llevaba varios minutos revolviéndose en su asiento tras el mostrador, incapaz de definir qué lo tenía así.

Se secó el sudor de la frente con su pañuelo a cuadros, y entonces tuvo un mal presentimiento. ¿Alguien habría dejado un ventanal abierto? Eso explicaría la brisa fría que sintió en la espalda... Pero no. Ese día y a esa hora, un viento así no era posible.

Una repentina taquicardia acrecentó esa sensación de que pasaría algo importante, y no atinó más que a ponerse de pie, nervioso. Aprovechó la usual soledad del lugar, salió tras del mesón y se detuvo al centro de las baldosas blanquecinas de la recepción, mirando hacia arriba con las manos en las caderas. ¿Qué se supone que tenía que hacer? La empatía nunca había sido parte de sus dones. ¿Qué diablos pasaría? ¿Le caería un rayo? ¿Se pondría a llover?

Miró su reloj. Según su lista de actividades, no debía ir a pulir las manillas de la puerta hasta media hora más; sin embargo, le urgía encontrar algo que hacer para distraerse y no pensar en tonterías. Suspiró. No le gusta-

ba nada tener que sacrificar su ajustada estructura, pero no tenía opción. Volvió a su quieta esquina, sacó del gabinete su caja de la limpieza y caminó hasta la entrada principal.

Cuando ya estaba a un metro de la entrada, y al tiempo que dejaba la caja en el suelo para sacar un paño y el esmeril, dos eventos simultáneos casi lo matan del susto. A la apertura estrepitosa de las puertas de madera —que lo hizo lanzar la lata de esmeril por los aires y caer de espalda sobre las baldosas—, se sumó una rápida sombra que salió disparada desde el borde de su campo visual, desapareciendo escaleras arriba. Si no fuera por el inconfundible “¡miauuu!” que la pobre criatura chilló al subir, Oleandro quizás se hubiese muerto (literalmente) creyendo que lo atacaba un ánima en pena. Ya le habían advertido que los fantasmas eran bien frecuentes por ahí.

El brillo del sol se abrió paso con furia tras las puertas abiertas y le dio de lleno en la cara. Con la nariz arrugada y todavía el corazón latiendo a mil por hora, Oleandro se levantó —sobando su huesudo muslo afectado por la caída— y se acercó a paso lento hacia la calle. Nunca antes las puertas se habían abierto así, solas; él mismo había chequeado la cerradura y los seguros en su primer día de trabajo. Ahora comprobó ambas cosas otra vez y, efectivamente, estaban en perfecto estado, ni rotas ni nada. Para empujar a esas viejas y pesadas puertas se

necesitaba un vendaval, y tal como se apreciaba desde ahí, en ese verano de brisa inexistente no había forma de que algo natural las hubiese forzado, a menos que se tratara de una onda de calor nuclear. Las cosas no se mueven sin razón. ¿O sí?

Oleandro inspiró profundo, se paró en el primer escalón de piedra y observó. Personas iban y venían sin dirigirle la mirada, preocupados del calor y de sus propios asuntos. Nadie actuaba de manera sospechosa. Un par de autos estacionados en la siguiente esquina y otro par andando a 30 km/h por la calle cerraban el panorama. Nada por aquí, nada por allá.

Bajó los dos peldaños que faltaban con la vista enfrente y su pie derecho topó con algo. Con alguien.

El inocente de Oleandro se demoró un segundo en reaccionar. Bajó la vista con lentitud, pestañeó, pestañeó de nuevo, y no pudo emitir sonido. Se acuclilló con pausa y se mantuvo ahí, pasmado, por varios minutos que le parecieron eternos.

¿Estaba viendo bien? Un bebé de no más de dos meses de vida le devolvía la mirada con los ojos abiertos, alertas. Apenas podía moverse en la estrecha y estropeada canasta de mimbre que lo acogía, pero no parecía tener intención de quejarse por la falta de espacio ni por el calor. Ni siquiera sudaba. Un muy poco usual gesto de seriedad era todo lo que mostraba. Más que una manera

de presentarse, era casi como si apurara al conserje a tomar una decisión.

Oleandro volvió a mirar hacia ambos lados de la calle. El gentío se había disipado un poco, pero no lo suficiente como para no reparar en el cesto que estaba en el suelo. “Eh, señor...”, “Señora, usted, ¿podría...?”, fueron sus inútiles intentos de llamar la atención de los transeúntes. ¿A nadie le importaba un niño abandonado en un canasto?

Se reincorporó y pensó un momento cuáles eran sus opciones. Así de presionado no se le ocurriría nada sensato. Necesitaba una bolsa de hielo en su frente para poder pensar. ¿Y si lo llevaba a un retén de Carabineros? Podía ser, aunque ahí solo tenían a delincuentes y narcotraficantes. ¿Quién se haría cargo de un niño tan pequeño? Además, los policías no son precisamente las mejores niñeras...

Descartados.

¿Siguiente opción? Ah, claro, un hogar de menores. ¿Acaso no se preocupaban ellos justamente de niños abandonados, como el que tenía él enfrente? Oleandro sonrió al encontrar una solución tan rápido. Su rostro preocupado cambió en el acto. Nada más que hablar, entonces; cerrar bien las puertas del edificio, asegurarse de llevar las llaves, tomar la cesta y llegar con el bebé al hogar más cercano... eh... primer problema: ¿dónde diablos había uno de esos dichosos hogares?





La energía repentina volvió a bajar a cero. La solución tendría que esperar hasta que hiciera algunas averiguaciones. No podía correr el riesgo de perderse por ahí con un niño a cuestas.

—¡Oiga! —le gritó de pronto un extraño, pasando por su lado muy apurado—. ¡Tenga más cuidado con su hijo! ¿No ve que alguien lo puede pisar?

—¡Eso mismo digo yo! Que cómo no se van a fijar por dónde cam...

El verbo quedó colgando entre sus dientes. Su mente se fue a otro lado y la mueca en su rostro lo acompañó. ¿Qué era lo que había escuchado? ¿“Cuidado con su hijo”? No, no. Ja. Qué chiste. Su “hijo”. Bah. Él no tenía hijos. No todavía. No que él supiera... Regresó la vista hacia sus pies, temeroso, y la sola duda le revolvió el estómago. Tuvo que sentarse en un escalón para recuperar el aliento. ¿Hijo suyo? Tragó saliva mientras revisaba las vagas características físicas del retoño. No podía ser. El niño apenas tenía pelo, ni siquiera podía determinar de qué color era. Sus ojos también eran de un color indefinido y su expresión de seriedad casi lo acercaba a un adulto. Su nariz, sus orejas... Diablos, ¡todos los niños son iguales! ¿Cómo saber si se parecía a él?

Hizo un repaso rápido de sus últimas aventuras amorosas, que no habían sido muchas, y de eso ya había pasado un buen tiempo. ¿Cuánto? ¿Un año, al menos? Si estaba obligado a teorizar, un posible hijo suyo podría

tener unos tres meses... ¿Y no era esa la edad aproximada del niño que yacía ahí, mirándolo, frío, como esperando una explicación? El que necesitaba una explicación era Oleandro, a quien le estaban cargando un niño ajeno. Bueno, se lo estaba cargando él solo con su autopersecución, y no sería suyo hasta que se demostrara lo contrario.

“¿Por qué ahora?”, “¿por qué yo?”. En esa maraña de especulaciones, Oleandro empezó pronto a sufrir, ya que el reglamento de la comunidad prohibía terminantemente la existencia de niños moradores en el edificio. Así de simple. Si iban de visita, solo podía ser en horas restringidas y previo aviso a los demás vecinos. El adulto responsable no debía olvidar que aquella era una apacible comunidad de “personas maduras” y las reglas eran las reglas. Así las cosas, Oleandro no podía volver a entrar con un bebé sin que alguno de los propietarios se le lanzara encima recitándole el dichoso reglamento, o bombardeándolo con preguntas que no sabría contestar. ¡Pero no era su hijo! ¿Qué culpa tenía él, un solitario conserje ciudadano?

Sintió el pecho apretado. Buscó el inhalador para el asma en sus bolsillos, pero no lo encontró. Luego de palpar toda su ropa, resignado y apenas oxigenado por los nervios, se levantó tambaleante. Tenía que deshacerse del niño de una manera tranquila, elegante, sin despertar sospechas, pero ahí afuera ya no lograba pensar bien.

Las baldosas frías y el ventilador de la recepción serían de gran ayuda para calmarse y concluir qué debía hacer.

Oleandro se agachó, tomó la cesta con cuidado y miró al niño más de cerca. Tenía un buen color después de todo, saludable. Se veía fuerte, pero nunca tanto como para abrir de un golpe estrepitoso y por sí solo un par de puertas de madera.

II

Lo más sensato era entrar en puntillas

...más que nada porque los propietarios eran sensibles a los ruidos fuertes y reclamaban ante cualquier perturbación a su tranquilidad. Era la única excusa con la que demostraban que estaban vivos. Y bueno, porque el reglamento así lo decía: “la paz ante todo, la paz siempre”. Oleandro pensaba a menudo que ni en un cementerio había tanta “paz” como ahí.

Está bien, no había por qué engañarse. La principal razón para no hacer ruido era su estabilidad laboral: si lo pillaban con un niño a cuestras, probablemente perdería su puesto. Tal como lo leen. No es que los residentes fueran malas personas o derechamente niño-fóbicos, pero sí compartían la gris realidad de que ninguno de ellos tenía hijos pequeños ni sobrinos púberes que pudieran alterar la moribunda pasividad del edificio. Por esto, no les fue difícil crear, en tiempo récord, una inofensiva cláusula de copropiedad: no podía haber niños en la comunidad, y se acabó. Y si en el día a día los propietarios no mostraban ni la sombra, para hacer valer sus normas aparecían tan rápido como militares de frontera.

Aprovechando que las puertas de madera aún estaban abiertas de par en par desde hacía un rato, Oleandro tomó aire y se graduó de atleta en cien metros planos con una ágil carrera en puntillas desde la calle hasta su mostrador en la recepción. Escondió el cesto bajo su silla y regresó para juntar las puertas otra vez. El sonido del ajetreo se calló de pronto y la eterna calma en ese rincón del planeta volvía a su estado natural. Como si nada hubiese pasado.

Comprobó los cerrojos por si las dudas y deshizo camino hasta su puesto, tanto movimiento ya lo tenía exhausto. Hizo el despreocupado gesto de sentarse, pero tan pronto tocó el respaldo de su silla reclinable, saltó como un gato escapando de un chorro de agua. El niño estaba ahí abajo, ¿y si lo asfixiaba o golpeaba sin querer?

Algo curco desde una esquina, como si estuviera ante la presencia de una temible araña peluda, evaluó otra vez su insólita situación, mirando la cesta con reticencia. Luego se abalanzó sobre el gordo ejemplar del índice telefónico y pasó sus páginas. ¿Los hogares estaban en la “H” o en la “C” de “casas de acogida”? ¿O en la “M” de “menores”? ¿Y qué con la “N” de “niños”?

Fue entonces cuando captó el detalle. Lo notó apenas por el rabillo del ojo. Cerró la gruesa guía y, bajando hasta quedar con las rodillas en el suelo, estiró su brazo: un trozo de papel cuadriculado se asomaba entre el tejido de

paja. La letra era de líneas torpes y curvas, tan redondas como las de un escolar aprendiendo caligrafía. Estaba escrito en lápiz grafito y no tenía firma.

“Estimado señor:

Le he enviado a Lucio tal como fue convenido. Confío en que lo cuidará como se debe hasta que crea que es hora de otros mensajeros. Por favor, no se ría de él, y recuerde pedir su permiso antes de levantarlo.

Mis saludos afectuosos”.

Oleandro lo leyó tres veces; era un lector con poca práctica y a veces se le cruzaban las letras. Se le daban mejor los números, decía su madre. Y quizás tenía razón. Hasta donde podía entender, el niño se llamaba Lucio, alguien lo había dejado ahí porque así se lo habían pedido, había que asegurarse de que estuviera de humor antes de sacarlo del cesto y no era bueno reírse en su presencia. Vaya. Parecía una broma del Día de los Inocentes hecha con varios meses de atraso. Pero, y eso de los “mensajeros”, ¿qué significaba?

Dejó la nota sobre el mostrador y volvió a acuclillarse. Para ser un niño abandonado, venía con demasiadas instrucciones.

Arrastró el canasto hacia sí y suspiró.

—Te gustaría que te sacara de ahí, ¿eh? ¿Puedo?